

El trabajo del fotógrafo vasco Koldo Chamorro, que documentó la liturgia cristiana con una mirada inquietante, llega al Museo Lázaro Galdiano

## La España con la cruz a cuestras

MANUEL MORALES. Madrid La España tenebrosa del catolicismo, la de los pueblos que en el final del franquismo celebraban añejas ceremonias presididas por la cruz, liturgias que parecían llamadas a desaparecer con la modernización del país, fue objetivo del fotógrafo Koldo Chamorro (Vitoria, 1949-Pamplona, 2009) durante el último cuarto del siglo XX. Los que lo conocieron lo definieron como un hombre con un carácter extrovertido y, a la vez, difícil, a veces áspero. Quizás ello explique la rotunda mirada que proyectó en las 62 fotografías que, con la cruz como hilo conductor, pueden verse en el Museo Lázaro Galdiano, en Madrid, en la exposición *El Santo Cristo Ibérico*, hasta el 20 de septiembre.

Precedente del Museo de Navarra, donde la interrumpió el coronavirus, y enmarcada en la programación de PHotoEspaña, la muestra se compone de imágenes que, en numerosas ocasiones, turban el sosiego, desestabilizan porque no se les encuentra una explicación lógica. ¿Qué hace esa mujer casi desnuda tirada a las puertas de un cementerio sevillano? ¿Y ese niño tumbado sobre una mesa, en un cerro desde el que se ve, al fondo del valle, una gran cruz? El comisario de la exposición, el fotógrafo Clemente Bernad, explicó ayer en la presentación que "Koldo tenía una parte de escenógrafo, a veces preparaba las imágenes, pero en otras no lo sabemos". En todo caso, era un autor con predilección por los aspectos "periféricos" de los ritos.

Pese a instantáneas que al contemplarlas parece que pasaran lista por la piel, Chamorro tenía un sentido de la estética y la composición exquisitos, con las cruces recortándose en elementos en dia-

gonal. Cómo, si no, pudo retratar a varias personas en distintos planos y gestos. En una de ellas, para más inri, el Cristo en procesión pasa justo delante de una casa con el número 33 en la fachada. Las sombras son piedra angular de su fotografía documental, como en una de sus enigmáticas tomas: la de la sombra de una cruz sobre el asfalto sin que haya rastro del cuerpo que la proyecta, cuando a su lado hay una moto y su sombra.

Chamorro desarrolló esta inquietante mirada sobre la religión en España, a veces corrosiva, en paralelo a otros trabajos, algunos aún por descubrir, en una época, comienzos de los setenta, cuando formó parte del grupo de fotógrafos que se dio en llamar Los cinco jinetes del apocalipsis. Junto a Cristina García Rodero, Cristóbal Hara, Fernando Herráez, con el que tenía gran amistad, y Ramón Zabala. También gravitó en torno a ese núcleo un checo que se había exiliado de su país tras la Primavera de Praga, hoy un clásico, Josef Koudelka. Al principio, iban juntos a retratar las fiestas y ritos de los pueblos más recónditos, luego, la vida y sus distintos pareceres los distanció.

Bernad subrayó que *El Santo Cristo Ibérico* fue el proyecto en el que "más esfuerzo invirtió Koldo". "Era arriesgado dar esa visión de España al final de la dictadura y luego, con la movida, se quería promocionar un país europeo, alejado de la España negra". Un ejemplo de ese atrevimiento es el cadáver tendido en un hospi-



La Alberca (Salamanca), 1995, una de las imágenes de la exposición. / LEGADO DE KOLDO CHAMORRO



Huelva (1995). / L.K.C.

tal de un joven fallecido en accidente de motocicleta que, con los brazos en cruz y vaciado de órganos, llamó su autor *El Cristo donante*. Un humor negro que asoma en algunos momentos del recorrido.

Nació en Vitoria, Chamorro vivió hasta los 16 años en Guinea Ecuatorial con su familia, motivo para que, a la vuelta, no se sintiera muy arraigado. "Soy un negro de piel blanca", decía. Estudió Ingeniería de Telecomunicaciones y Marketing, pero, en 1974, gracias a una beca de arte para ampliar estudios en el extranjero,

Desarrolló este proyecto a lo largo del último cuarto del siglo XX

Son imágenes que perturban porque no tienen una explicación lógica

"viajó a los encuentros de Arlés y asistió a talleres en los que decidió que se inclinara por la fotografía", añade Bernad. "Así, se dedicó profesionalmente, aceptaba encargos de todo tipo, pudo malvivir de la fotografía".

Un oficio que le permitió viajar por medio mundo; trabajó para periódicos y revistas, hizo fotografía publicitaria, de moda, industrial, aunque lo que más les gustaba eran sus trabajos personales. Pero, el que hasta hoy siga olvidado —en vida no vio casi ningún gran libro de su obra—, con un ingente archivo por catalogar, se debe "a que no dio a su obra la promoción necesaria, era feliz haciendo fotos, lo que venía después le interesaba menos". Y el comisario apunta que cultivó "cierto malditismo" que propició que fuera incomprendido.

Antes de morir, le dio tiempo a elegir junto a Bernad 1.400 fotos de sus cruces, de las que 108 se vieron en Pamplona y están en el catálogo. "Un conjunto estructurado en las estaciones del viacrucis". Una muestra más de la compleja personalidad de un autor indómito, al que parece llegada la hora de ser reconocido como un maestro del blanco y negro.

CAFÉ PEREC / ENRIQUE VILA-MATAS

## El presente era esto

Es cómica la cantidad de autores que últimamente aseguran haber advertido el "asombroso parecido" entre lo que sucede en esta época de pandemia y lo que ellos relataron en algunas de sus novelas. Y es cómica porque hasta parece mentira que les sorprenda esto cuando la atmósfera paralizante y mortal que ha ido creando el virus lleva ya en realidad años arraigada entre nosotros. De hecho, si nos molestáramos en mirarlo todo mejor, veríamos que vienen los libros recogiendo esa atmósfera desde tiempo inmemorial. Para comprobarlo basta con que abramos cualquier ejemplar de nuestra biblioteca portátil (la que

siempre está preparada para salir de viaje) y ahí enseguida encontraremos descrito ese fallo en el sistema del que ha nacido la pandemia. Ese fallo se llama *La avería* en el libro del mismo título de Friedrich Dürrenmatt que ha publicado Periférica: una breve pieza magistral del autor suizo, donde se nos describe un mundo que trastoca el concepto de mal por el de avería. Pero es que también a la más famosa de las averías (la muerte) la encontramos en el libro vecino al de Dürrenmatt, *Ese mundo desaparecido*, de Dennis Lehane (Salamandra), donde ayer mismo leí estas líneas: "El presente era esto y la muerte se le acababa de

plantar más cerca que nunca; se le había sentado en el hombro y le estaba acariciando el cabello con los dedos".

El presente era esto. Lo subrayé. No había frase que mejor resumiera la imagen pandémica por excelencia: esa sensación ininterrumpida de tiempo suspendido, paralizado, que, al carecer de un futuro visible, permite que acabemos viviendo —entre proyectos cancelados y recuerdos de otras tardes— en el presente del pasado, revisando en un inagotable y absurdo bucle lo que hicimos y leímos. Esa es la profunda gris atmósfera en la que nos hallamos sumidos. Y pensar que, hasta no hace tanto, simplemente salir en automóvil por ejemplo nos creaba la impresión de libertad, de avanzar hacia adelante. Aunque, ¿hacia dónde creíamos avanzar? ¿Acaso no nos lo había advertido ya F. Scott Fitzgerald al final de *El gran Gatsby* cuando dijo que solemos ir adelante, botes que reman contra la co-

rriente, incesantemente arrastrados hacia el pasado?

Pero es quizás *Los anillos de Saturno* el libro que cuenta más directamente lo que sucede ahora mismo en este presente confuso y desgraciado en el que nos hallamos. En él, un tal Sebald acaba hospitalizado en estado catáptico, con una sensación de enajenación total relacionada con las alucinaciones propias de encontrarse en un lugar elevado, mirando al mundo desde arriba. "Si nos observamos desde una gran altura es espantoso darnos cuenta de lo poco que sabemos sobre nuestra especie, nuestro propósito y nuestro fin", escribe el tal Sebald, consciente de nuestra insignificancia y del clima de parábola agotada que nos envuelve a todos, del clima de parábola ya recorrida, que por si fuera poco incluye dentro de ella el detalle más terrorífico: la ausencia de una auténtica conciencia planetaria de la humanidad.